

Panegírico Póstumo en Homenaje a Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito

DR. MANUEL DE JS. MAÑÓN ARREDONDO

A.D.H.

Respetable público:

Señores Miembros Académicos: altos representantes del gobierno y de la Iglesia Católica dominicana.

Nos congregamos en la sede de este respetable recinto para despedir al que respondió en vida al nombre de Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, miembro ilustre de nuestra institución, donde su presencia fue honra y prez como historiador esclarecido y un dominicano ilustre.

Hasta hace pocas horas el Dr. Hugo Eduardo Polanco Brito pasó de nuestra dura vida material dejando atrás de sí las huellas de su paso terrenal de fecundísimos aportes en favor de la grandeza civilizadora de la República, cuya magnitud benéfica alcanza infinitas directrices radiantes en su fecunda vida en su apostolado humanístico y cristiano.

En este aspecto, desde su posición sacerdotal y su vasta capacidad puesta al servicio de los mejores intereses del país Hugo Eduardo Polanco Brito se destaca como uno de los más renombrados líderes religiosos, impulsores del progreso contemporáneo del país; y en ese ideal se entregó en cuerpo y alma de manera vigorosa y sin descanso, desde su consagración al sacerdocio cinco décadas atrás, hasta ayer que cayó abatido.

Al evocar este aspecto del gran ser humano que hemos perdido nos parece verlo en pie sobre ese alto pedestal, no que él se erigió, sino que por el adorado culto de respeto y admiración de sus conciudadanos y de la sociedad dominicana en general.



Doctor ilustrísimo Polanco Brito, –Hugo, nuestro vigoroso hermano de faenas de esta Academia, nos abandona joven en años, viejo en la experiencia y atleta en la plenitud de su pujanza también, nos cita para no lejana fecha a rendir ante la Historia y ante lo Eterno, cuenta precisa de nuestros hechos en la tierra y de nuestro pensamiento de la página blanca del futuro.

Con este académico y sacerdote benemérito, se nos va algo de nosotros, pero todavía algo; muchísimo de él que nos relacionó en la tierra, y que nos unirá mañana en las esferas azules del Universo entero.

Monseñor Polanco nació en las tierras cibaefias como un árbol que fue creciendo hasta ser un gigante orgullo de aquellas montañas, y de él salió jugo bastante para vigorizar y nutrir muchas plantas débiles, que cobraron fuerza y aliento para esa transfusión de vida. Y su ramaje fue como un palio inmenso de todo el ambiente moral de la Nación que en estos momentos llora su muerte presa del más amargo desconsuelo.

Sí señores, desconsuelo y pena que nos embargó nuestro espíritu cuando el sábado pasado en horas de la mañana, nos comunicó el Dr. Julio Campillo Pérez y nos dijo apenado: ¡Monseñor Polanco ha muerto! y grabamos esa dolorosa frase ¡ha muerto! y todavía nos parece mentira que haya sido así. Pues aún el ser humano se resiste a palpar la cruel realidad que la muerte es una ausencia permanente y sin retorno.

Preocupados buscamos informes sobre la recuperación de Hugo Polanco por conducto de Monseñor Rafael Bello Peguero y entonces, su respuesta era la del colega médico a otro: –sigue dentro de la crisis de su enfermedad. Entonces empezó a delinearse entre los espíritus el temor de un fatal desenlace, y en ocasiones nos llenaba de alegría cuando se daban noticias satisfactorias de su recuperación, y en estas alternativas de esperanza y de dolor, había estado el país y todos nosotros en meses de espera, tan largos como los de un ensueño, hasta que por último en ensueño ha tenido la brusca realidad impuesta. Pues todos los pensamientos querían bañarse en una corriente de optimismo.

Y en verdad señores desde aquel instante les confieso que fue una sorpresa inesperada, ya no hubo ocasión que no fuera sentir una profunda pena: ya Hugo Polanco Brito no existe.



Sólo comenzará a vivir en el recuerdo de un pasado que cada día será más largo y nostálgico cuando lo evocaremos entre dolores y alegrías del alma; unidos a un afecto profundo de largos años en esta casa discutiendo planes de trabajos donde cada vez nos unían en nuevos ideales de entusiasmo: Y más cuando la Academia Dominicana le sugirió al Presidente de la República que se sentía la necesidad impostergable de promover la recordación de los próceres de nuestra Independencia y la Restauración y otros hombres ilustres destacados en la vida literaria nacional que eran merecedores para ser exaltados sus méritos y ser declarados próceres de la patria para su traslado al Panteón Nacional; considerando que de esta manera se despertara el dormido sentimiento a los valores patrios y al enorgullecimiento de la dominicanidad. Así nació una obra de elevada significación ética, histórica, civilista, educativa y humana que nos identificó entrañablemente a Monseñor Polanco que apenas hace tres días que se nos fue a la mansión de la Paz Eterna.

Por estas razones tan profundas, nosotros en esta Academia apreciamos y lloramos esos venerados despojos de ese notable sacerdote humanista, propulsor del catolicismo moderno dominicano, defensor de los inocentes, de los perseguidos políticos, protector de los desamparados y de los pobres.

En este sentido, es necesario reconocer que Hugo Polanco fue un arquetipo representativo de la nueva Iglesia dominicana que a partir del 1961 comienza a jugar un papel estelar en su lucha a favor y defensa de los derechos humanos y del bienestar moral y físico del país donde sus representantes más avanzados con Polanco a la cabeza se colocaron al lado de las masas campesinas y obreras luchando contra la tiranía trujillista y su explotación y falta de amparo social y desarraigo marginal en la sociedad.

Todavía en estos momentos no tenemos una idea suficiente para juzgar en su justa dimensión el alcance y vastedad sobre la labor llevada a cabo en los cuantiosos años de vida que impulsó Hugo Polanco Brito desde que se inició entregado en su vida sacerdotal y de carácter religioso desde su fructífero comienzo derramando bienes como un siervo de Dios y como ciudadano dominicano, pues han sido tanto en su fructífera



existencia, que solo un estudio biográfico en un futuro nos permitiría una idea y valor de ellos y la colosal fuerza moral y de su trabajo creador.

No caben en estos breves minutos, ni aún para ser tratados en un esbozo biográfico, los insignes merecimientos de este santo varón que lo acompañaremos a bajar a la tumba. No pudiéramos hacerlo en estos instantes con la seriedad y reposo necesarios. Pues él está gravado de un modo inmemorable en la conciencia del país.

Hugo Polanco fue uno de esos varones representativos que donde quiera que aparecen constituyen una verdadera fuerza de valores permanentes y positivos en la humanidad. Nadie como él mostró una voluntad y entrega y entrega de servicio desde su misión apostólica en energías del pensamiento y por eso se explica el duelo de esta casa unida al dolor de todo el país. Porque seres como religiosos de liderazgos excepcionales solo aparecen de tiempo en tiempo para realizar una misión de alto sentido humano.

Y cuando se van, parece que tras ellos se va también un girón de la vida espiritual de un pueblo.

Esta Academia llora su muerte, y derrama sobre sus veneradas cenizas el homenaje de nuestro llanto.

Hoy estos salones se sienten enlutados de colgaduras negras. Sin embargo, ante la presencia de este ilustre muerto, pensamos lo equivocado estaba el poeta Becker cuando escribió “¡qué sólo se quedan los muertos...!” pero Hugo Polanco no está solo en estos momentos; él vive en el corazón del pueblo dominicano, que siempre permanecerá a su lado, inmovible, imperturbable.

¡Descansa en paz alma noble!

Santo Domingo, R.D.
14 de abril de 1996

